

cio de pintor ya que creció y se educó en el claustro. No fue primero pintor y luego monje, sino uno y otro al mismo tiempo. Es clara la influencia primera de Masaccio y de Masolino (de donde le viene su idealización de la belleza). El convento, sin embargo, no era sólo el lugar donde Lippi vivió y pintó, sino un foco importante de la nueva pintura florentina realista (la idea de un convento en la *avant garde* de la pintura en el siglo XIV encierra toda una lección para el arte cristiano contemporáneo). Megan Holmes demuestra la influencia que tendría en el joven pintor una famosa representación de la Ascensión, mezcla de ingeniería, teatro, escultura. Sus argumentos sobre iconografía carmelitana en tres obras tempranas atribuidas a Lippi parecen convincentes. En Florencia renacentista había un gran número de frailes pintores animados por un interés particular de representar artísticamente el espíritu y la gloria de cada orden religiosa. Al mismo tiempo la pintura empezaba a tener un papel importante en la devoción de los laicos.

Algún tiempo después de 1432, Lippi dejó el claustro carmelitano y pasó a la vida en el mundo (el libro está dividido en dos partes: *claustrum et saeculum*) como rector en una parroquia y capellán después en un convento de monjas. Para la autora, este carácter indeterminado en la posición social del fraile le dio elasticidad y audacia, pero la premisa central del libro sigue siendo la «primacía de lo religioso» tanto en la vida como en el arte de *Frate Filippo Lippi dipintore*. Costumbres y doctrinas de la orden carmelita siguieron siempre presentes y activas al menos en su ejercicio artístico, y siguieron moldeando su oficio como pintor mucho después de dejar la vida monástica. Tal vez, en algunos momentos, Holmes va al extremo opuesto de los que ven incompatibilidad entre la vida religiosa y el arte, y es posible que su deseo le lleve a ver demasiados ecos y huellas propiamente carmelitanas en las obras del famoso pintor cuando son sencillamente iconografía cristiana o bíblica. En donde no hay lugar a la duda o ambivalencia es en

el hecho de que, con su pintura, Lippi puso la religión al alcance de la mano, por así decirlo. Dejando la primera influencia de Masaccio y Donatello, se acercó a Fra Angelico, en una pintura menos dramática pero no menos inmediata, y en la que el espectador es invitado a entrar en la escena como un personaje entre los otros del cuadro. No mezcla lo profano con lo sagrado sino que, fruto de su experiencia personal del claustro al mundo, los pone en conexión. Lippi fue un pintor progresista, tan orgulloso de su fe religiosa como de su profesión artística en la que no dejó de gestionar su propia identidad (como muestran sus autoretratos). Y la generosidad editorial de Yale University Press, el libro tiene doscientas treinta magníficas reproducciones, hacen que tener este libro en las manos sea mitad lectura y mitad agradecida contemplación de la obra de uno de los grandes maestros de la pintura cristiana.

A. de Silva

Ignacio JERICÓ BERMEJO, *Fray Luis de León. La teología sobre el artículo y el dogma de fe (1568)*, Editorial Revista Agustiniana («Colección Pensamiento», 2), Madrid 1997, 488 pp.

Es bien conocida la obra filológica y literaria de Fray Luis de León, figura bien representativa del clima intelectual que se respiraba en el seno de la Escuela de Salamanca durante la segunda mitad del siglo XVI. Se trata de una auténtica época aurea de la Teología renacentista, donde se entrecruzan las nuevas corrientes humanistas y la renovación de la escolástica (principalmente de inspiración tomista) propiciada por el maestro Francisco de Vitoria. Sin embargo, la obra teológica del fraile agustino (también conocido como el Conquense o el Legionense), resultó poco conocida en relación a otros maestros de la escuela salmantina como la del mismo Vitoria, Melchor Cano, Bartolomé de Medina o Domingo Báñez. Fray Luis no dio a la imprenta sus co-

mentarios a la *Summa Theologiae*, como sí lo hicieron algunos de sus contemporáneos. No obstante, se conservan algunas lecciones recogidas en manuscritos no autógrafos: la mayor parte de los manuscritos originales se perdieron a mitad del siglo XVIII, en un desgraciado incendio.

La presente edición, cuidadosamente presentada y traducida por el doctor Ignacio Jericó (destacado conocedor de la Escuela teológica de Salamanca), es fruto de una laboriosa labor investigadora del autor. Este volumen recoge las lecciones de Fray Luis en la cátedra de Durando durante el año 1568, en las que comentó las cuestiones primera (del artículo 6 al 10) y quinta (artículo 3) de la *Secunda Secundae* de la *Summa Theologiae* de Santo Tomás de Aquino. Dichas cuestiones se centran en la virtud de la fe y su relación con la Iglesia, pero al hilo de la exposición salen a relucir otros problemas teológicos: la fe como Revelación; la fe como principio de la Teología; y la fe como definición dogmática. A partir de estos temas se profundiza en la cuestión de la autoridad de la Iglesia, los concilios, la infalibilidad papal, la interpretación de la Sagrada Escritura, etc... En definitiva, se desarrolla un cuerpo de doctrina y de problemas teológicos que con el paso del tiempo llegarían a configurar los modernos tratados *De Fide* y *De Ecclesia*. Según Jericó, la exposición de Fray Luis de León es quizá la más completa de las realizadas en la década de los sesenta durante el siglo XVI.

Este libro cuenta con una extensa y documentada introducción sobre la Escuela de Salamanca en el seno de la universidad del siglo XVI; y de manera más específica la vida y obra teológica del agustino. A continuación se encuentra la traducción de la exposición de Fray Luis junto con el texto latino a pie de página con numerosas anotaciones. La exposición cuenta con dos partes; la primera dedicada al artículo de fe desarrollada en tres capítulos: *Fides expressa*, *Fides christiana*, *Fides definita*. La segunda parte se dedica al dogma de fe, también expuesta en tres capítulos: *Fides Ec-*

clesiae, *Fides Scripturae originalis*, *Fides Scripturae versae*. Se completa el libro con dos extensas conclusiones finales en las que el autor valora las aportaciones de Fray Luis en el tratado acerca de la fe y en Eclesiología; a continuación se hace una breve recapitulación. Se añade además una extensa bibliografía y un detallado índice de autores citados.

En definitiva, nos encontramos con un trabajo serio y riguroso tanto desde el punto de vista doctrinal como histórico. Servirá sin duda para conocer más en profundidad el pensamiento teológico de la Escuela de Salamanca y de Fray Luis de León en particular.

J. A. García Cuadrado

Francisco MARTÍN HERNÁNDEZ, *San Juan de Ávila, ¿erasmista?*, presentación de Isaac Vázquez Janeiro, Centro de Estudios Ibéricos y Americanos de Salamanca («Colección Salamanca», 4), Salamanca 1998, 81 pp.

Se recoge en esta publicación la última lección impartida por el autor, eminente avilista y catedrático emérito de Historia de la Iglesia en la Universidad Pontificia de Salamanca. Examina en su discurso algunos pasajes del libro más célebre de San Juan de Ávila, *Avisos y reglas cristianas para los que deseen servir a Dios*, más conocido como *Audi filia*. Martín Hernández hace una selección de párrafos sospechosos de herejía y los compara con la segunda edición corregida por el mismo San Juan de Ávila.

La tesis del profesor Martín Hernández es que quizá en su juventud Juan de Ávila estuvo más cercano a Erasmo, pues compartía con el de Rotterdam el deseo de un cristianismo purificado. Pero más tarde, avanzada su carrera, mostró distanciarse del holandés. Interesante para confirmar esta tesis es el análisis que hace Martín Hernández de la relación del Santo Ávila con Teresa de Jesús. En unos momentos en que el iluminismo estaba en pleno apogeo en España, Teresa demostró mucho interés en que el santo examinara su *Vida* antes de que fuera publicada. En 1568 Juan de Ávila remite a la